Ojeadas a la geografía de Colombia - La villa colonial de Girón

Escribe: MANUEL JOSE FORERO

Quienes vivieron en la pequeña aldea santandereana de Girón hace algunos años dijeron en sus palabras y escritos cómo era de tolerable su clima caluroso, cómo eran de generosos sus campos fértiles, cómo estaba colmado de rumores amables su río, cómo eran de espléndidos el amanecer repleto de claridades y el crepúsculo vespertino siempre anunciador de horizontes lejanos. En Girón, ciudad antigua colocada dentro del departamento de Santander, a un lado de Bucaramanga, la vida se detuvo para multiplicar la paz de las almas y el tiempo destinado al trabajo de las manos hábiles. En Girón se levantaron altares a Jesucristo y se mantuvieron imágenes de la Virgen María en hornacinas y nichos iluminados por frágiles lumbres piadosas. En Girón fueron edificándose, a lo largo de trescientos y más años, muchas casitas humildes y sin pretensiones cuyo único propósito era apoyarse las unas en las otras para dar abrigo silencioso a los buenos habitadores. Mientras las breves y las grandes mansiones de Girón se levantaban, desde los días más antiguos de Colombia, en los campos de sembradura seguían dando sus frutos las antiguas plantas americanas y las nuevas procedentes de España.

Menos parecida hoy a sí misma que en los días de la *Peregrinación de Alpha,* la pequeña ciudad santandereana merece ampliamente narraciones y elogios. Cuando la visitaron don Manuel Ancízar y sus compañeros de 1851, Girón estaba más activa en las faenas y más numerosa en el recuento de las gentes; con todo, al entrar uno a Girón en los momentos actuales se sorprende al establecer la bondad de quienes se cobijan bajo sus aleros de eminente sabor castellano y se confunden en la labor de cada día con su tierra próspera, con su cielo azul, con sus nubes diseñadas apenas en la inmensidad del firmamento.

Se advierte un contraste inmediato entre el sosiego de los muros antiguos, la mansedumbre de las viejas puertas domésticas y el apacible sombrío de los amplios aleros, y la muchedumbre de gentes que por momentos se mueven en todas direcciones, a tono con la sencillez de su mercado o con el afán de sus recursos económicos. Cierto. Uno llega a una villa de tradiciones muy añejas, mas no por eso deja de sentirse radi-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

cado en el tiempo presente y en la urgencia del vivir cotidiano. Y se alegra uno al copiar rápidamente en los ojos todo el paisaje, siempre antiguo y siempre nuevo, de una población semejante en su fisonomía a las muy aldeanas pintadas con mano maestra por los maestros de la lengua y por los artistas que sucedieron a Velázquez en la expresión palpitante de los seres inmóviles.

Los recintos consagrados a la piedad conservan y acentúan en mitad del bullicio aquel silencio inefable que permite hablar con Dios y ser escuchado por El. Los óleos venerables, bien o mal colgados de los muros blanquecinos, ofrecen testimonios acerca de las devociones imperantes en los años del coloniaje o en los siguientes de la República. En las imágenes de bulto hay para el viajero la impresión estática y fija propia de las esculturas que uno mira por la primera vez, salvo las más excelentes o geniales, guardadoras del alma de quienes las tallaron, pero retienen la paz del ayer desvanecido y el encanto de lo que fue nuestro en cuanto perteneció a nuestros más remotos abuelos.

Sin duda alguna, de tiempos muy distantes provienen algunos entre los muchos recuerdos de Girón. En la principal de sus capillas se conserva intacta una portada enriquecida por dos delgadas pilastras de piedra que recuerdan de algún modo la preocupación plateresca de los buenos arquitectos americanos. Al lado derecho de aquella se levanta graciosa una espadaña cuyas vivientes campanas han anunciado a lo largo de varios siglos las venturas y las tristezas de quienes se cobijaron bajo aquel retazo de cielo. La puerta amplia de este santuario es discreta imagen del seguro abrigo a quien da entrada, y se distingue por su peculiar señorío de las que en la noble villa anunciaron el hogar de buenos y laboriosos vecinos.

Dignos de especialísimos laudes son los tejados de los santuarios gironeses y de las principales casonas de la población. Vistos con curiosidad y detenimiento producen una impresión inolvidable por su equilibrio, armonía, severidad y nobleza. La teja española, tantas veces cantada por los artistas y por los poetas, permite observar en Girón prodigios de mesura y milagros de delicadeza, de suerte que si los guijarros de las callejas maravillan por su disposición increíble, los tejados también inspiran sentimientos de suma claridad al espíritu.

A un arrebatado gobernante peninsular cuyo nombre fue Sancho Girón se debe la primera titulación del caserío, puesto entre Lebrija y Bucaramanga, Los Santos y Piedecuesta, Floridablanca y Puerto Wilches, Zapatoca y Betulia. En su territorio son conocidas las veredas de Chocoa, Chocoita, Cantalta y Quebrada Grande, Las Peñas y La Laja, amén del corregimiento denominado Payoa, de sabor indígena. Fáciles debieron de ser los recursos que para su comunicación tuvieron los aborígenes precolombinos, pues en 1758 tenía fama el camino de herradura entre Girón y el río Sogamoso o Suamox. Más de cien años atrás, en 1631, don Francisco Mantilla de los Ríos tomó el carácter de fundador de la villa, por lo cual su nombre se recuerda con estima en los libros de los recuerdos provinciales aunque no lo registren bronces ni mármoles de augusta prestancia.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

No se crea en las leyes de la herencia al recordar el nombre de la villa de Girón y el agrio carácter de don Sancho, peninsular cuyo recuerdo sobrevive en propios y extraños. Los gironeses siempre fueron cordiales en el trato de los mercaderes, afables en la ocupación de cada día, serenos ante los desmanes del río familiar, siempre amenazante y ruidoso. Como el lugarejo se hizo muy importante durante los siglos coloniales, sus dueños y señores aprendieron a componérselas con los mayores vecinos socorranos y baricharas, charaleños y bumangueses. Quienes visitaron a Girón en mitad del siglo pasado lo encontrarían, sin duda alguna, semejante al que había sido, tal como ahora nosotros lo vemos idéntico a la vieja estampa tradicional, si bien renovado por las abundantísimas mudanzas de la centuria presente.

El grave río de otros tiempos ya no existe, de suerte que las murallas erigidas en defensa de las habitaciones han quedado sin otro objeto que el de sostener rígidamente, como centinelas firmísimos, las paredes gruesas y vigorosas. Se sorprenderán mucho, en cada amanecer, las piedras antaño bañadas por limpias aguas rumorosas, al sentirse inermes bajo el tórrido sol del medio día. Los puentecillos, alabados por viajeros y trajinantes, fueron maltratados por los medios actuales de locomoción, pero guardan su arcaica forma graciosísima como una vieja dama puede conservar el pie fino o la mano delgada y acariciadora.

Por estos puentecillos pasaron las multitudes atormentadas, cuando en 1781 la voz clamante de los comuneros rompió los aires con sus flechas y arpones de protesta y de restauración. Por ellos caminaron cuantos acudieron a la cita de entonces, al lado de los hijos de Floridablanca, de Pinchote, de Oiba, de Lebrija y de Piedecuesta. A ellos volvieron, con los ojos llenos de esperanza, quienes se apresuraron a creer en las palabras desleales de los oidores y en la rúbrica de los testigos sin carácter. Pero también a estos menudos puentes de piedra ennegrecida llegaron los ecos del nuevo clamor de José Antonio Galán, primero entre los mártires de la libertad colombiana.

Seguidores de este en los pensamientos y en los actos fueron los gironeses apegados desde el amanecer hasta el crepúsculo a sus mostradores y estantes de fragantes maderas; y compañeros suyos fueron en el dolor y en la angustia sus descendientes más señalados, a quienes vemos hoy en las callejuelas tortuosas, en los sitios abiertos al trabajo y a la oración, a la plática abundante en expresiones vivaces y certeras.

Girón está colocada en el centro de una comarca llena de gracia, colmada de recursos de la naturaleza ardiente, favorecida por dones múltiples y extensos. Todo esto saben aprovecharlo sus pobladores, como lo dicen sus rostros desembarazados y francos, altivos y señoriales, recios y aun severos y definidos.

Acostumbran los geógrafos señalar la importancia de los países por medio de cifras relativas al crecido número de los habitantes de sus mayores ciudades y de sus vivientes industrias. Hay razón suficiente para ello. Pero las hay abundantísimas para no dejar olvidadas a villas como Girón, recatadas, humildes, sin pretensiones, sin crecidas muchedumbres,

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

mas no por esto escasas en la aptitud para las industrias domésticas, el comercio intenso de unas aldeas con otras y de estas con las grandes poblaciones. Girón, colocada a veinte kilómetros de Bucaramanga, ha logrado mantener su prestancia natural y su individualidad estupenda, precisamente por eso, porque no ha traducido en números las virtudes de sus gentes ni las cualidades de sus vecinos.

Basta ver sus cortijos, sus pequeñas o grandes haciendas, sus veredas apacibles y siempre alcanzables, sus caminos fáciles y sus rúas simples, para convencerse de la importancia propia de las poblaciones nunca llegadas a la mayor edad de las cifras en la estadística. Quienes van o vienen de Lebrija, Piedecuesta y Los Santos, de Zapatoca, Betulia y Floridablanca, encuentran en Girón posibilidades restauradoras a cada instante, debido a la serenidad de sus hijos ante el correr del tiempo y delante de las transformaciones de la sociedad común.

A villas como Girón llegan, como es obvio, los estremecimientos de las principales agrupaciones santandereanas entendidas en la vida pública, en la democracia vociferante, en los quehaceres de las corporaciones, en los afanes de la industria que se mueve por sí misma, y en el comercio agitado por los grandes problemas de la sociología moderna. Pero llegan tales fenómenos como el oleaje vehemente del mar a las playas puestas al sol sin otro ropaje que las simples arenas.

Siempre se distinguieron los habitantes del norte del país por sus capacidades para el hilado y el tejido del algodón. De padres a hijos la enseñanza de lo uno y lo otro pasó como el aprendizaje de las nociones esenciales de la vida cristiana y del lenguaje culto característico de Colombia. Dentro de cada casa gironesa hubo un taller activísimo en los días coloniales, más adelante mientras se oían las palabras libertadoras de Nariño y de Torres, de Bolívar y Santander, de Policarpa Salavarrieta y Antonia Santos; y cuando concluyeron aquellos momentos esforzados y heroicos, en términos buenos para la patria, sin duda volvieron a sus telares y campos muchos gironeses separados de ellos por la admonición precursora de la libertad.

En los días de los combates emancipadores Girón se hizo presente al lado de Floridablanca, Piedecuesta, Betulia, Lebrija, Bucaramanga y Zapatoca. De sus veredas de Quebrada Grande y Chocoa, de Chocoita y Las Peñas, de La Laja y Cantalta, salieron los campesinos a buscar a sus capitanes. De alta estatura moral fueron ellos: Santander, García Rovira, cien más. Todos los cuales fueron diestros y fueron rectores. Por su parte, los socorranos y los gironeses demostraron que eran aptos para hacer el tejido de la patria tanto como lo realizaban cada vez que se sentaban delante de sus buenos telares y al lado de sus ovillos fáciles.

En Girón recuerda con facilidad el viajero aquel famoso libro titulado *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, en cuyos capítulos dejó el obispo de Mondoñedo pensamientos eternos acerca de la serenidad de la vida lejos de los bullicios palaciegos y castellanos. En los salones de alcázares y castillos siempre hay inquietud y zozobra a causa de los temores propios de los que mandan y de la incertidumbre de quienes obedecen. En cambio, las

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

paredes de las casas campesinas han inspirado siempre pensamientos alejados del afán que corroe y de la vehemencia de las acciones que acelera la muerte.

Otra cosa más podremos agregar al hablar de Girón y de sus inmediaciones. Las rocas, las vertientes y la fisonomía general de la región ponen de manifiesto amplios capítulos sobre el pasado geológico de Colombia. Una inmensa área permitiría a los expertos en el conocimiento de la tierra descubrir las etapas que vienen del pasado mil veces milenario y leer en ellas la historia del mundo en edades distantísimas y arcanas. Los "farallones" de Girón presentan cualidades interesantes para los viajeros, reveladoras para los sabios. Cada montón de tierra puede ayudar al hombre estudioso a precisar lo que fue Colombia hace muchas centurias, y cada peñasco puede decirle hasta dónde fueron tremendas las convulsiones del mundo antes de que nuestros continentes tomaran la forma que hoy ofrecen, y nuestros altos montes recortaran, muy en lo alto, la visión del horizonte. Por todas partes en las regiones elevadas o inferiores del suelo santandereano se ven las huellas del pasado creador.

Durante años y siglos y milenios estos lugares montañosos que vemos al paso, y estas hondonadas y abismos que nos horrorizan, fueron testigos de modificaciones numerosas y materia de transformaciones arduas. Los agentes internos, desde el centro de nuestro planeta, y los externos, desde el sol y las nubes vertiginosas, actuaron con relación a estos valles que ahora están esmaltados por las flores del campo y enriquecidos por la actividad inquebrantable de los hombres buenos. Vencer las dificultades del ambiente físico fue posible a los primeros pobladores de América y a quienes habitaron a Colombia antes de la aventura sorprendente de Cristóbal Colón, porque tuvieron ellos energía vasta y constancia sin límites.

Girón, la villa suave y ejemplar tantas veces mencionada en los libros y en los manuscritos del tiempo colonial; Girón, la diminuta ciudad santandereana mencionada de modo persistente en las conversaciones colombianas de ayer y de hoy, es parte amable del territorio en dirección norte. Sus habitaciones de dos pisos o plantas manifiestan el bienestar de los antiguos señores, así como el grupo amistoso de las casitas menores y de los cortijos abundantes dicen mucho a propósito de la fraternidad buscada por los hombres de espíritu. La piedad cristiana siempre se manifestó por la voz de las campanas del templo principal, y fue elemento considerable para la domesticación de los caracteres rudos y de los ánimos insolentes. Esa piedad levantó altares y adornó hornacinas y nichos, encendió lámparas y erigió ermitas auxiliares a fin de que por todas partes se viese la presencia de Dios.

Las plazas y plazoletas de Girón, sus tejados ardientes, sus muros vetustos, sus alegres paisajes, sus golosos panoramas y sus regocijadas escenas, todo, en una palabra, es llama palpitante y agua fresca para el alma de quienes los miran.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.